

## *Exilio, mujeres, escritura*

Isabel Cerdeira Gutiérrez. Xoroi Edicions. Barcelona, 2019

---

Teresa Zamanillo Peral<sup>1</sup>

---

**Para citar:** Zamanillo Peral, T. (2020). [Reseña del libro *Exilio, mujeres, escritura*, de Isabel Cerdeira Gutiérrez]. *Revista de Treball Social*, 218, 143-146. DOI: 10.32061/RTS2020.218.08

---

Este es un libro de mujeres, escrito por varias de las muchas que a lo largo de la geografía del mundo han desafiado su destino. Son mujeres que no renunciaron a sus ideas políticas en aquellos países que trataron de desarrollar procesos democráticos contra el poder instituido; esos que forman parte de los distintos gobiernos que las han expulsado y represaliado, o que han tratado de regir sus vidas por caminos intolerables, en los que la desigualdad y la injusticia amenazaba sus identidades. Son numerosas las voces femeninas que se encuentran en sus páginas. Isabel Cerdeira ha abordado con coraje, en la investigación titulada *Exilio, mujeres, escritura*, historias de mujeres exiliadas que no se han rendido a la melancolía, la han burlado, no han dimitido de la vida y han hecho frente con valentía a la pérdida de sus raíces. Y lo han hecho asidas de la mano de la palabra, la creatividad las ha salvado. Porque en el exilio, todo lo que formaba parte de la experiencia vital de un yo, siempre en construcción, se desgaja, la persona se separa del tronco en el que enraizó su existencia y su devenir se vuelve incierto y confuso por un espacio de tiempo indefinible.

Las mujeres que van a hablar en el encuentro que vamos a tener con ellas en la lectura del libro de Isabel han sido desposeídas de todo lo que han desarrollado por y para sí mismas durante tanto tiempo; atrás solo queda el pasado. Pero en el tránsito que media entre el pasado y el presente de un país y otro está la nada, el silencio. Ese vacío que envuelve a la persona en ese viaje está presidido por la incertidumbre, por el “derrumbamiento”, en palabras de la autora. Porque no es solo el recuerdo de sus vidas, lo que dejan atrás, es la “afasia retrospectiva que impregna su nuevo universo amenazándolo de improviso con su confusión”.

El trabajo y el esfuerzo de poner en marcha la adaptación a las nuevas realidades pasan por la palabra. El eje de su vida se desplaza a una nueva aventura, cuya meta será recuperar las capacidades simbólicas que les ayudarán a liberarse de la tragedia que las hizo huir de sus países. Pero las dificultades serán inmensas, pues no son solo los nuevos procesos de culturización los que habrán de afrontar, sino cómo estos afectan a sus vidas y a su identidad. Este proceso lleva consigo el trabajo

---

<sup>1</sup> Catedrática emérita. Facultad de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid. mtzpgcamino@gmail.com

de reconstrucción, un esfuerzo que exige la inserción en una nueva lengua, en otra cultura y en un territorio y paisaje desconocidos. Es el pasaje del “derrumbamiento a la simbolización”, capítulo primero del libro que nos introduce en el viaje de estas mujeres, en principio un “viaje a ninguna parte”, para buscar “un lugar en el mundo”. Glosar los títulos de estas dos películas sirve, no solo a efectos de metáfora, sino también porque, aún cuando hayan decidido la parte del mundo a la que quieren ir, el exilio es un cambio tan radical en sus vidas. Es “un camino que necesitará de tantas construcciones” que no puede ser lineal porque es impredecible, no se sabe cómo va a desarrollarse. “Destrucción y construcción es la ley que lo atraviesa.” Y así siempre. Pero, ¿existe ese siempre? Es tal vez la imposibilidad de pronunciarlo lo que da esperanza. Es quizás la certeza inconsciente en la falta de continuidad de ese dolor de la pérdida lo que hace aflorar el anhelo, el deseo que ayuda a no caer en la melancolía inútil. Porque, aun cuando no se puede saber mientras se vive, la melancolía, como observa Joke J. Hermsen en su libro *La melancolía en tiempos de incertidumbre*, puede ser un tiempo de atreverse a esperar y a vaciarse, tiempo de “cuestionar todo lo que existe o cabe esperar que vaya a existir”. Y en esa espera nace de nuevo la palabra; es en la palabra recuperada donde se instala su nuevo mundo, palabra que ya conocían, pues en casi todas ellas fue desde antaño su manera de estar en el mundo, su forma de comprometerse con su país, ese que las expulsó y, a la vez, les ofreció la liberación del acoso político.

La palabra les sirve a las mujeres para enfrentarse a las pérdidas irrecuperables, las que, a la vez, forman un recuerdo que se protege con la memoria intacta para que nada ni nadie pueda liquidarlo. Pérdida y recuerdo, dilema que se mantiene intacto en una sutura que cierra una astilla incrustada en cualquier lugar del cuerpo. Porque, como dice José M.<sup>a</sup> Álvarez, las pérdidas que acarrea el exilio son irrecuperables y a la vez imposibles de perder; sí, un auténtico dilema. Sin embargo, me atrevo a suponer que puede ser un dilema en el presente, pero tal vez resoluble en el futuro. Esa es la esperanza de la que hablaba unas líneas más arriba, porque todo partir hacia algún lado puede tener un regreso al lugar de la partida, todo puede ser una ida y vuelta. Con Mario Benedetti, que retornó a su amada tierra después de diez largos años, podemos recordar algunos versos de su poema sobre la esperanza. Uno de ellos, en el que he reunido las estrofas a efectos de espacio, dice así:

*Tenemos una paciencia verde y sólida como un caimán  
una paciencia a prueba de balas y promesas  
sabemos aguantar con los delirios en acecho  
hacer almacigos con nuestros odios mejores*

*tenemos una esperanza blanca y prójima  
como una paloma que ya no es mensajera  
tenemos una esperanza a prueba de terremotos y congojas*

*sabemos esperar rodeados por la muerte  
sabemos desvelarnos por la vida*

*tenemos una alegría temprana como un gallo  
una alegría convicta maniatada y rabiosa...*

O, este otro, más conciso, tal vez lacónico, pero esperanzador:

*Mientras devano la memoria  
forma un ovillo la nostalgia  
si la nostalgia desovillo  
se irá ovillando la esperanza  
siempre en el mismo hilo.*

La escritura permite a las exiliadas seguir conviviendo con su nostalgia. Y es que la escritura y la memoria están en relación tan estrecha como la afirmación que sostiene Susana Romano Suez, argentina, en los testimonios del libro que estamos sintetizando: “Es una relación intensa e interminable, en todos mis libros elaboro la traumática memoria, individual y colectiva, argentina y planetaria”. Y es, además, “un recurso de reelaboración de las experiencias, una fuente de creatividad”. De nuevo vemos en otro testimonio, el de Lety Elvir, de Honduras, la creatividad como salvación. Además de realización, lucha, trayectoria profesional, elementos que se incluyen en la pregunta, la entrevistada responde: “Todo eso, también una especie de sanación. A veces se escribe no sólo para publicar, sino como una necesidad de sacar para no intoxicarse, hay mucho enojo y tristeza dentro de mí por lo que le están haciendo a Honduras y a todo el mundo [...], ser exiliada requiere una fortaleza grande para no sucumbir ante la ausencia de seres queridos, particularmente hijos o hijas; que la lucha contra el pesimismo y el desencanto solo puede ser ganada con optimismo y esperanza; que cuando no se puede hacer la lucha por el cambio y por la defensa de los derechos humanos desde adentro, también es válida desde el «afuera»”.

Esta es una defensa contra la nostalgia, la defensa de los derechos humanos aun estando fuera del país del que se sintió expulsada. Hay otras en el trabajo de Isabel Cerdeira, todas pasan por la creatividad. “La dinámica interna de la nostalgia genera creatividad porque es tan húmeda que quedársela dentro pudre”, dice una de las coautoras, Isabel Fernández Hearn, en un magnífico apartado titulado “Lenguas del exilio”. Y añade más adelante un recurso para que no se enquiste dentro de una: la nostalgia es preciso exportarla y hacerla operativa para que no se pudra en el interior de una misma por el riesgo al sinsentido existencial, al autoabandono, la dependencia, etc. Concluye con esta reflexión: “La nostalgia bien manejada es amor común de unión entre las gentes, véase la comunidad hispana alrededor de Picasso en Francia”.

Algunas regresaron. Elegiremos a María Zambrano, último testimonio del libro, para terminar esta reseña e hilarla con el contenido de la

misma. A la pregunta que le hicieron los periodistas sobre qué sentía al volver a su patria respondió: “¿Qué siento al volver a España? Yo nunca me he ido”. Y es que *siempre* y *nunca* tal vez no existan nada más que en nuestras inútiles fantasías, fantasmas del pasado y del futuro que se descuelgan cuando la melancolía nos atrapa.